

AL ROMPER EL ALBA
ERNEST HEMINGWAY

AL ROMPER EL ALBA ERNEST HEMINGWAY



<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

INTRODUCCIÓN

Esta historia se inicia en un tiempo y un lugar que, para mí al menos, aún conservan un significado muy especial. Pasé la primera mitad de mi vida adulta en África oriental y he leído ampliamente la historia y la literatura sobre las minorías británica y alemana que vivieron allí por el breve espacio de dos generaciones y media. Los primeros cinco capítulos tal vez sean difíciles de seguir hoy sin explicar un poco lo que sucedía en Kenia durante el invierno de 1953-1954 en el hemisferio norte.

Según la administración colonial británica de la época, Homo Kenyatta —un africano negro de la tribu kikuyu, con estudios superiores y muy viajado, que se había casado con una inglesa cuando vivía en Gran Bretaña— había, regresado a su Kenia natal y allí había instigado y encabezado una sublevación, llamada Mau-Mau, de los trabajadores negros del campo contra los granjeros inmigrados de Europa, propietarios de unas tierras que los kikuyus consideraban que les habían sido arrebatadas. Es el lamento de Calibán en La tempestad:

Esta isla es mía por Sycorax mi madre,
¡y tú me la quitaste!
Cuando al principio llegaste
me acariciabas, y en mucho me tenías,
y me dabas agua con bayas dentro
y me enseñabas a nombrar la luz mayor
y aquella más pequeña que día o noche arden;
y yo entonces te amé
y aun te mostré las cualidades todas de la isla.
Frescas fuentes, pozos de sal, lo estéril y lo fértil.

El Mau-Mau no era el movimiento independentista panafricano que cuarenta años después ha logrado el gobierno de la mayoría negra en la totalidad del continente subsahariano, sino algo, en su mayor parte, específico de la antropología de la tribu kikuyu. Un kikuyu se convertía en mau-mau haciendo un juramento secreto que lo apartaba de su vida habitual y lo convertía en un kamikaze, un misil humano

<http://www.librodot.com>

que apuntaba a su patrono el granjero inmigrante europeo. El utensilio agrícola más común en el país se llamaba, en suiahili, panga, y era una espada de un solo filo de sólida hoja de acero laminado estampada y afilada en los Midlands ingleses que servía para cortar maleza, cavar hoyos y matar gente en las condiciones adecuadas. Prácticamente cada trabajador agrícola tenía uno. Yo no soy antropólogo y lo que estoy contando puede parecer una visión demasiado esquemática, pero así era como veían a los mau-maus los granjeros inmigrantes europeos, sus esposas y sus hijos. Es triste, sin embargo, que el mayor número de muertos y heridos provocados por este dogmatismo de antropología aplicada acabara produciéndose no entre las familias inmigrantes europeas sino entre los kikuyus que se resistían a hacer el juramento y cooperaban con las autoridades coloniales británicas.

Lo que en los tiempos de esta historia se conocía como las Tierras Altas Blancas, una reserva destinada exclusivamente a los asentamientos agrícolas europeos y que los kikuyus creían que les habían robado, está a más altitud y mejor regada que las tierras tradicionales de los kambas. Aunque hablan una lengua bantú estrechamente relacionada con la de los kikuyus, los kambas tenían una agricultura de subsistencia en las tierras en que vivían y necesitaban cazar y recolectar para compensar unos campos de cultivos poco seguros, y, por necesidad, estaban menos apegados a su tierra que sus vecinos los kikuyus. Las diferencias culturales entre ambos pueblos son sutiles y se entienden mejor comparando dos naciones vecinas de la península Ibérica, los españoles y los portugueses. Muchos de nosotros sabemos de ellos lo suficiente como para saber que lo que es válido para unos puede no serlo para los otros, y eso sucedía con el Mau-Mau. La mayor parte de las veces, los kambas no se identificaban con el Mau-Mau, lo que fue una suerte para los Hemingway, para Ernest y para Mary, porque lo contrario hubiera propiciado más de una excelente oportunidad de que esos mismos criados, en los que tanto confiaban y a los que creían comprender, los mataran a machetazos mientras dormían en su cama.

Al empezar el capítulo sexto la amenaza de un ataque exterior al campamento del safari de los Hemingway por parte de un grupo de kambas mau-maus juramentados que se habían escapado de prisión se ha evaporado como las brumas del alba bajo el calor del sol de la mañana y el lector contemporáneo podrá disfrutar de lo que sigue sin ninguna dificultad.

A causa de mi posición fortuita como hijo número dos, yo pasaba mucho tiempo con mi padre durante los últimos años de mi infancia y en la adolescencia, la época de sus matrimonios con Martha Gellhorn y Mary Welsh. Recuerdo que un verano cuando tenía trece años entré sin avisar en el dormitorio de papá, en la casa que Mary había encontrado para ellos dos en Cuba, cuando estaban haciendo el amor de una de esas maneras más bien atléticas que recomiendan los manuales de cómo perseguir la felicidad en la vida matrimonial. Me retiré inmediatamente y no creo que me vieran, pero al editar la historia que aquí se presenta y encontrar el pasaje en el que papá describe a Mary como una simuladora, el vivido recuerdo de aquella escena me vino a la memoria después de cincuenta y seis años de olvido. Vaya simuladora.

El manuscrito sin título de Hemingway tiene unas doscientas mil palabras y no hay duda de que no es un diario. Lo que ustedes leerán es una novela, al menos en la mitad de su extensión. Espero que Mary no se enfade demasiado conmigo por valorar tanto a Debba, una especie de opuesto oscuro a la auténtica elegancia de Mary en su

papel de esposa, que acabó entregándose a veinticinco años de un suttee alimentado con ginebra en vez de madera de sándalo.

Un contrapunto ambiguo entre ficción y verdad yace en el fondo de esta memoria. El autor lo utiliza para interpretar largamente unos pasajes que sin duda alguna complacerán a los lectores a quienes guste escuchar esa música. Yo pasé algún tiempo en el campamento del safari de Kimana y conocía todos cuantos aparecen, negros o blancos, y una vez leído el texto en su integridad, y por alguna razón que no sé explicar suficientemente, me recuerda algunos incidentes que sucedieron en el verano de 1942 en el Pilar cuando mi hermano Gregory y yo, como Fred, el hijo de trece años del general Grant, en Vicksburg, pasamos un mes de nuestra infancia con aquella notable tripulación, temporalmente movilizadas como auxiliares navales. El radiotelegrafista era un marino de carrera que una vez había estado destinado en China. Aquel verano en que se hallaba a la caza de submarinos tuvo oportunidad de leer Guerra y paz por primera vez, porque sólo tenía trabajo a ratos cortos y estaba de imaginaria ¡a mayor parte del día y la noche y la novela se encontraba en la biblioteca del barco. Recuerdo que nos contaba que para él tenía mucho más significado desde que había conocido a todos aquellos rusos blancos en Shanghai.

Cuando escribía el primer y único borrador de este manuscrito, Hemingway fue interrumpido por Leland Hayward, entonces casado con la señora que en esta historia tiene que vivir al lado del teléfono, y la otra gente del mundo del cine que estaba rodando El viejo y el mar, para que fuera a ayudarles a pescar un pez espada de película en Perú. La crisis de Suez, con el cierre del canal, acabó con sus planes de realizar otro viaje a África oriental, y ésa puede haber sido una de las razones de que nunca retomara esta obra inacabada. Por lo que leemos en esta historia, sabemos que pensaba en el París «de los viejos tiempos» y quizá otra razón para apartarla fuera el descubrir que podía sentir mayor felicidad evocando París que el África oriental, dado que, pese a toda su fotogénica belleza y sus emociones, su estancia allí sólo había durado unos meses y le había causado daños muy serios, primero al verse afectado por una disentería amebiana y después por los accidentes aéreos que padeció.

Si Ralph Ellison todavía estuviera vivo, le hubiera pedido que redactara él esta nota introductoria, por lo que escribió en Sombra y acto:

«¿Todavía me preguntan por qué Hemingway era más importante para mí que Wright? No porque fuera blanco, ni más "aceptado". Sino porque apreciaba las cosas de este mundo que yo amo y que Wright, por intenciones o por falta de medios o por inexperiencia, desconocía: tiempo, armas, perros, caballos, amor y odio y circunstancias imposibles que para el valeroso y entregado pueden transformarse en beneficios y victorias. Porque escribía con tanta precisión sobre los procesos y prácticas de la vida diaria que yo pude mantenernos vivos a mi hermano y a mí durante la recesión de 1937 siguiendo sus descripciones de la caza de pluma; porque conocía la diferencia entre política y arte y algo de su verdadera relación con el escritor. Porque todo lo que escribió —esto es muy importante— estaba imbuido de un espíritu más allá de lo trágico, con el que yo me sentía a gusto porque está muy próximo al espíritu de los blues que son, quizá, lo más cercano al espíritu de la tragedia que los norteamericanos pueden expresar.»

Estoy bastante seguro de que Hemingway había leído El hombre invisible y que eso lo ayudó a sobreponerse después de los dos accidentes aéreos en que casi perdieron la vida Mary y él, cuando se puso a escribir de nuevo en su manuscrito africano a mediados de los años cincuenta, al menos un año después de los acontecimientos que le inspiraron la vuelta al trabajo de creación. Puede ser que tuviera a Ellison in mente cuando en el borrador manuscrito hace esos comentarios sobre los escritores que se roban los trabajos entre ellos, porque la escena de los locos del manicomio de la novela de Ellison es muy parecida a la de los veteranos en el bar de Key West (Florida) en Tener y no tener.

Ellison escribió su ensayo en los primeros años sesenta, no mucho después de la muerte de Hemingway, acaecida en el verano de 1961, y Ellison, por supuesto, no había leído Al romper el alba, el manuscrito africano inacabado que yo he ordenado ahora dándole la que confío que no será la peor de las formas posibles, tomando lo que mi padre escribía por la mañana y haciendo lo que Suetonio describe en su De varones ilustres:

«Se dice que cuando Virgilio escribía las Geórgicas tenía por costumbre dictar cada día un gran número de versos que había compuesto por la mañana y luego se pasaba el día reduciéndolos a un número muy pequeño, señalando con agudeza que forjaba sus poemas al modo de las osas, lamiéndolos poco a poco hasta darles su forma.»

Sólo el propio Hemingway podría haber lamido su manuscrito inacabado hasta lograr la forma del Ursus horribilis que hubiera debido tener. Lo que yo ofrezco en Al romper el alba es apenas el osito de peluche de un niño. Ahora me lo llevaré siempre a la cama conmigo y cuando me haya echado a dormir y rogado al Señor que guarde mi alma, si muero antes de despertar, rogaré al Señor que tome mi alma y que Dios te bendiga, Papá.

PATRICK HEMINGWAY

Bozeman, Montana, 16 de julio de 1998

CAPÍTULO PRIMERO

Las cosas no eran demasiado sencillas en ese safari porque las cosas habían cambiado mucho en África oriental. El cazador blanco era buen amigo mío desde hacía muchos años. Le respetaba como no había respetado nunca a mi padre, y él confiaba en mí, que era más de lo que yo me merecía. No obstante, era algo que había que intentar merecer. Él me había enseñado dejándome ir por mi cuenta y corrigiéndome cuando me equivocaba. Cuando cometía un error, me lo explicaba. Luego, si yo volvía a cometer el mismo error, me lo explicaba con mayor detenimiento. Pero era nómada y finalmente iba a dejarnos porque le resultaba necesario estar en su granja, que es como llaman en Kenia a una finca de ganado de diez mil hectáreas. Era un hombre de carácter muy complejo; en él se compendian el valor absoluto, todas las debilidades humanas y un entendimiento de la gente de rara sutileza y muy crítico. Estaba completamente entregado a su familia y a su hogar; no obstante, le gustaba mucho más vivir alejado de ellos. Amaba su hogar y a su mujer y sus hijos.

—¿Tienes algún problema?

—No quiero ponerme en ridículo ante los elefantes.

—Ya aprenderás.

—¿Algo más?

—Debes saber que todo el mundo sabe más que tú pero que tú tienes que tomar las decisiones y asumir sus consecuencias. El campamento y todo eso déjasele a Keiti. Y sé tan bueno como sabes.

Hay a quienes les gusta ejercer el mando y en su ansiedad por asumirlo son impacientes con las formalidades para conquistárselo a otro. A mí me gusta ejercer el mando porque es una aleación ideal de libertad y esclavitud. Puedes ser feliz con tu libertad y, cuando se vuelve demasiado peligrosa, puedes refugiarte en el deber. Durante varios años no había ejercido autoridad alguna, salvo sobre mí mismo, y estaba aburrido de eso puesto que me conocía demasiado bien y también era consciente de mis flaquezas y fortalezas y eso restringía mi margen de libertad e incrementaba mis obligaciones. Últimamente había leído con disgusto varios libros escritos sobre mí por gente que lo sabía todo de mi vida interior, mis objetivos y motivaciones. Leerlos era como leer la crónica de una batalla en la que tú habías luchado escrita por alguien que no sólo no había estado presente sino que, en algunos casos, ni siquiera había nacido cuando tuvo lugar la batalla. Toda esa gente que escribía acerca de mi vida tanto interior como exterior lo hacía con una seguridad absoluta que yo nunca había experimentado.

Esa mañana deseé que mi gran amigo y maestro Philip Percival no hubiera tenido que comunicarse por medio de aquella extraña taquigrafía del quitar importancia a las cosas que era nuestro idioma legal. Deseé que hubiera cosas que pudiera preguntarle que fuera imposible preguntar. Deseé más que nada en el mundo que pudiera instruirme tan completa y competentemente como los británicos instruyen a sus aviadores. Pero sabía que la ley no escrita que imperaba entre Philip Percival y yo era tan rígida como las leyes no escritas de los kamba. Hacía mucho tiempo se había

decidido que yo sólo podría superar mi ignorancia aprendiendo por mi cuenta. Pero sabía que de ahora en adelante no tendría a nadie que corrigiera mis errores y por eso, con toda la felicidad que uno encuentra al ser dueño de sus actos, hice de la mañana una mañana solitaria.

Durante mucho tiempo nos llamábamos Pop el uno al otro. Al principio, más de veinte años atrás, cuando yo le llamaba Pop, al señor Percival no le importaba siempre y cuando este quebrantamiento de las buenas maneras no se realizara en público. Pero una vez que cumplí los cincuenta años, edad que me convertía en un anciano o mzee, se había puesto, feliz, a llamarme Pop, lo que en cierto modo era un cumplido, otorgado con alegría pero mortal si se retiraba. No puedo imaginar una situación o, más bien, no quisiera sobrevivir a una situación en la que yo le llamase, en privado, señor Percival o él se dirigiese a mí empleando mi verdadero nombre.

Así que esa mañana había muchas preguntas que yo deseaba formular y muchas cosas en las que había pensado. Pero, sobre esos temas, la costumbre nos obligaba a callar. Me sentía muy solo y él lo sabía, por supuesto.

—Si no tuvieras problemas no sería divertido —dijo Pop—. Tú no eres un tipo corriente, y la mayoría de los que ahora llaman cazadores blancos son tipos corrientes que hablan el idioma y siguen las rodadas de otra gente. Tu dominio del idioma es limitado. Pero tú y tus desacreditados compañeros seguid las huellas que hay y podréis hacer alguna nueva. Si no te sale la palabra precisa en tu nuevo idioma, en kikamba, habla en español. Eso les encanta a todos. O deja que hable la memsahib. Lo habla un poquito mejor que tú.

—Oh, vete al infierno.

—Iré a guardarte el sitio —dijo Pop.

—¿Y los elefantes?

—Ni pienses en ellos —repuso Pop—. Son bestias enormes y tontas. Inofensivos, según todo el mundo. Sólo tienes que acordarte de lo mortífero que eres para todos los demás animales. Después de todo, no son mastodontes lanudos. Nunca he visto ninguno que tuviera colmillos con dos curvas.

—¿Quién te contó eso?

—Keiti —contestó Pop—. Me dijo que tú te los metías a miles en el morral, fuera de temporada. Mastodontes y tigres de colmillos de sable y brontosaurios.

—El hijo de perra —dije.

—No. Se lo cree más de lo que tú piensas. Tiene un ejemplar de la revista y las fotos resultan muy convincentes. Me parece que se lo cree unos días sí y otros no. Depende de que le llesves alguna gallina de guinea, o de cómo estés cazando en general.

—Era un artículo sobre animales prehistóricos muy bien ilustrado.

—Sí. Mucho. Fotos preciosas. Y además hiciste notables progresos como cazador blanco cuando le contaste que sólo habías venido a África porque en Estados Unidos tu cupo de mastodontes estaba cubierto y habías cazado más tigres de colmillos de sable de los permitidos. Le aseguré que era absolutamente verdad y que eras una especie de furtivo del marfil escapado de Rawlins, Wyoming, que era muy parecido al enclave de Lado en los buenos tiempos, y que habías venido aquí para

presentarme tus respetos porque yo te había iniciado cuando eras pequeño, y andabas descalzo naturalmente, y que querías seguir en forma para cuando te dejaran volver a casa y obtener una nueva licencia para mastodontes.

—Por favor, Pop, dime alguna cosa sensata sobre los elefantes. Sabes que tengo que matarlos si se portan mal o si ellos me lo piden.

—Sólo tienes que recordar tu técnica de siempre con los mastodontes —dijo Pop—. Prueba a vaciarle el primer cañón por el segundo aro del colmillo. Por el frente, la séptima arruga sobre la nariz contando hacia abajo desde la primera arruga de arriba de la frente. Tienen unas frentes extraordinariamente altas. Y muy irregulares. Si estás nervioso, dispárale en la oreja. Descubrirás que no es más que un pasatiempo.

—Gracias —le dije.

—Nunca he tenido miedo de que no cuidases a la memsahib, pero cuídate tú un poco y procura ser tan buen chico como sabes.

—Tú también.

—Llevo años en ello —dijo; y luego, con la fórmula clásica, añadió—: Ahora es todo tuyo.

Así era. Era todo mío en la mañana sin viento del último día del penúltimo mes del año. Miré la tienda comedor y nuestra propia tienda. Luego otra vez las tiendas pequeñas y los hombres que se movían alrededor del fuego para cocinar y luego las camionetas y el coche de caza; los vehículos parecían escarchados con el espeso rocío. Después miré entre los árboles de la Montaña que esta mañana se veía imponente y muy próxima y la nieve reciente resplandecía con las primeras luces del sol.

—¿Irás bien en la camioneta?

—Perfectamente. Es una buena carretera si el suelo está seco.

—Llévate el coche de caza. No lo necesito.

—No seas tan bueno —dijo Pop—. Quiero devolver esta camioneta y mandarte otra que sea segura. Ellos no se fían de ésta.

Siempre eran ellos. La gente, los watu. En otro tiempo eran los chicos. Y para Pop seguían siéndolo. Pero él los conocía a todos de cuando eran chicos de verdad y había conocido a sus padres cuando esos padres eran niños. Veinte años antes también yo los llamaba chicos y ni ellos ni yo pensábamos que no tenía ningún derecho. Ahora tampoco le molestaría a nadie que yo usara esa palabra. Pero, según estaban las cosas, ahora eso no se hacía. Cada uno tenía sus tareas y cada uno tenía su nombre. No saber un nombre era tanto una descortesía como una muestra de dejadez. También había nombres especiales de todas clases y nombres abreviados y apodosos amistosos y no amistosos. Pop todavía les insultaba en inglés y en swahili y eso les encantaba. Yo no tenía derecho a insultar, y nunca lo hacía. Todos teníamos también, desde la expedición de Magadi, ciertos secretos y ciertas cosas que compartíamos en privado. Ahora había muchos temas que eran secretos y había cosas que iban más allá de los secretos y existía entendimiento. Algunos de esos secretos no eran nada correctos y otros eran tan divertidos que a veces veías a uno de los portadores de rifles que de repente se echaba a reír y tú le mirabas y sabías de qué y los dos os poníais a reír tan fuerte que si intentabas aguantar la risa te acababa doliendo el diafragma.

Era una hermosa mañana de sol cuando salimos en los coches por la llanura dejando a la espalda la Montaña y los árboles del campamento. Delante había muchas gacelas de Thomson pastando y moviendo el rabo al comer el pasto verde. Había manadas de núes y gacelas de Grant pastando cerca de las manchas de arbustos. Llegamos a la pista de aterrizaje que habíamos marcado con el coche y la camioneta en una pradera larga y despejada corriendo arriba y abajo sobre la hierba fresca y corta y arrancando las raíces y tocones de una mancha de arbustos que se alzaba en uno de los extremos. El largo poste que habíamos realizado cortando un tronco joven se había doblado con el vendaval de la noche anterior, y la manga para el viento, confeccionada con un saco de harina, colgaba flácida. Paramos el coche, me bajé y tenté el poste. Estaba firme aunque inclinado y la manga volaría en cuanto se levantase la brisa. Había nubes de viento muy altas en el cielo, y era hermoso contemplar desde allí la Montaña, tan enorme y vasta, por encima del prado verde.

—¿Quieres sacar alguna fotografía en colores del monte y la pista? —pregunté a mi mujer.

—Ya las tenemos incluso mejores de como está esta mañana. Vayamos a ver los fenecos y a mirar si está el león.

—Ahora ya no estará afuera. Es demasiado tarde.

—Igual sí.

De modo que fuimos siguiendo nuestras viejas rodadas que llevaban a la ciénaga salada. A la izquierda había una llanura abierta y la línea quebrada verde del follaje de los altos árboles de tronco amarillo que marcaban el límite del bosque donde podría hallarse la manada de búfalos. Había hierba vieja seca que se alzaba muy alto a lo largo del borde y muchos árboles en el suelo que habían sido derribados por los elefantes o desarraigados por las tormentas. Más allá era llanura, con hierba verde fresca, corta, y a la derecha claros intermitentes con islotes de espeso matorral verde y algún que otro alto espinoso de copa plana. Había piezas de caza pastando por doquier. Se movían según nos íbamos acercando, unas veces arrancando súbitamente al galope, otras con un trote sostenido; otras se limitaban a pastar alejados del coche. Pero siempre se paraban y volvían a ponerse a comer. Cuando hacíamos estas patrullas rutinarias o cuando miss Mary les hacía fotos no nos prestaban más atención que a los leones que no están de caza. Se mantienen fuera de su camino, pero no les tienen miedo.

Yo iba con medio cuerpo fuera del coche buscando huellas en la carretera, igual que hacía Ngui, mi porteador de armas, sentado detrás de mí en la posición exterior. Mthuka, que conducía, vigilaba todo el terreno, hacia adelante y a los lados. Su vista era mejor y más rápida que la de cualquiera de nosotros. Tenía un rostro ascético, delgado e inteligente y llevaba los cortes tribales en punta de flecha de los wa-kamba en ambas mejillas. Estaba completamente sordo y era hijo de Mkola y un año mayor que yo. No era mahometano como su padre. Adoraba cazar y era un conductor fantástico. Nunca hacía nada imprudente o irresponsable, pero él, Ngui y yo éramos los tres malos principales.

Hacía mucho tiempo que éramos muy buenos amigos y una vez le pregunté cuándo le habían practicado los grandes cortes rituales de la tribu que nadie más tenía. Los que los llevaban tenían cicatrices muy poco profundas. Se rió y dijo:

—Fue en un ngoma muy grande. Ya sabes. Para poner contenta a una chica. Ngui y Charo, el porteador de armas de miss Mary, se rieron los dos.

Charo era un mahometano verdaderamente devoto y conocido también por su integridad. No sabía qué edad tenía, por supuesto, pero Pop pensaba que debía de sobrepasar los setenta años. Con el turbante puesto era como cinco centímetros más bajo que miss Mary. Al verlos a los dos de pie mirando juntos más allá de la ciénaga gris hacia donde se hallaban los cobos acuáticos que ahora entraban cautelosamente, contra el viento, en la espesura, el macho grande con sus hermosos cuernos mirando para atrás y a ambos lados desde el último lugar de la fila que entraba, pensé que a los animales aquella pareja de miss Mary y Charo debía de parecerles muy extraña. Ningún animal sentía miedo al advertir su presencia. Lo habíamos visto y comprobado muchas veces. Más que atemorizarles, la pequeña rubia con sahariana verde y el negro aún más menudo con chaqueta azul, parecían interesarles. Era como si les fuera permitido ver un circo o por lo menos algo extremadamente raro, y los animales depredadores, sin duda, se sentían atraídos por ellos. Esa mañana todos estábamos relajados. Era seguro que algo, algo horrible o algo maravilloso, iba a suceder cada día en esta parte de África. Cada mañana el despertar era tan emocionante como si fueras a participar en un descenso de esquí o a manejar un *bobsleigh* en pista rápida. Algo iba a suceder, lo sabías, y generalmente antes de las once. Nunca conocí en África una mañana en que al despertarme no fuera feliz. Por lo menos hasta que recordaba los asuntos sin terminar. Pero esa mañana estábamos relajados ya que, de momento, no teníamos que adoptar decisión alguna y me hacía feliz que los búfalos, que constituían nuestro problema fundamental, estuvieran evidentemente en algún sitio al que no podíamos llegar. Para lo que esperábamos hacer era necesario que viniesen ellos hacia nosotros más que ir nosotros a buscarlos a ellos.

—¿Qué vas a hacer?

—Llevar el coche arriba y dar una vuelta rápida para buscar rastros en la charca grande y luego dirigirme a aquel sitio del bosque que bordea el pantano, comprobar y salir. Estaremos a sotavento del elefante y puede que lo veamos. Probablemente no.

—¿Podemos volver por la zona de los gerenuks?

—Desde luego. Siento que saliésemos tarde. Pero como Pop se marchaba y todo eso.

—Me gusta entrar en esa parte mala. Podré estudiar lo que necesitamos para el árbol de Navidad. ¿Crees que mi león estará allí?

—Probablemente. Pero en ese tipo de terreno no lo veremos.

—Es un cabrón muy listo ese león. ¿Por qué no me dejaron tirarle a aquel león precioso debajo del árbol? Era fácil. Así es como cazan leones las mujeres.

—Los cazan de esa manera y por eso el mejor león de melena negra que haya cazado una mujer puede que tuviera cuarenta tiros. Después sacan unas bonitas fotos y luego tienen que vivir toda la vida con el maldito león mientras les cuentan mentiras a los amigos y a sí mismas.

—Siento mucho haber fallado aquel león maravilloso en Magadi.

—No lo sientas. Deberías estar orgullosa.

—No sé qué me pasó. Tengo que pillarlo y será el de verdad.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

